

## GARCIA MELLA, COSTUMBRISTA, ORADOR Y MAESTRO

(TRES ARISTIDES)

Por FABIO MOTA

La obra *Tiempo Perdido* de Arístides García Mella es tan valiosa como espejo de su época que como género literario para la historia de la cultura dominicana, singularmente por su filiación de escritor con el género costumbrista creado en España por Mesonero Romano y Mariano José de Larra y Estébanez Calderón.

La influencia de Larra y de Mesonero es patente no sólo en el estilo sino en algunos de los motivos de sus cuadros costumbristas. Influjo que él compartió con el no menos celebrado Arístides García Gómez, menos dulzón en la ironía y la sátira que García Mella. Pero ambos un tanto renacentistas y pro románticos como sus maestros matritenses, aunque García Gómez acentuadamente barroco cervantino, singularmente en sus *Capítulos que se le olvidaron a Juan Montalvo*.<sup>111</sup>

Aunque Arístides García Mella fue notoriamente influído por Larra, conservó indemne su personalidad moral de los males que afligieron hasta el suicidio al ilustre costumbrista matritense y aún lo afectó menos el costumbrismo español, que a Larra y a Mesonero los costumbristas franceses, padres europeos del nuevo género literario.

De García Mella puede decirse lo que E. Correa Calderón dijo de Ramón de Mesonero Romano: "Se propuso corregir o

moralizar no con acrimonia y aspereza, sino aplicando el correctivo de la risa, mostrando su lado cómico”; porque además en García Mella se reunieron muchas de las condiciones que según Larra requiere el cultivo del costumbrismo: “Instinto de observación certero, ver claro lo que mira a veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas cuyo velo no debe jamás descorrer la mano indiscreta del analista, saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo, ha de haber comprendido el espíritu de su época ... ha de ser picante sin tocar en demasiado caústico, porque la acrimonia no corrige y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre ... Y agrega: uno de los medios esenciales para encaminar el hombre moral a su perfección progresiva consiste en enseñarle a que se vea tal cual es”.

Como Mariano José de Larra nuestros Arístides tienen la primacía en el cultivo de ese género literario elusivo contra la tiranía. Muy pocos lo han cultivado con la hiriente sátira de García Gómez; ninguno con el preclaro magisterio de García Mella, verdaderos padres del género, bajo la satrapía de Ulises Heureaux y conforme al sentido estético de los costumbristas matritenses ya citados que crearon género literario en las postrimerías del despótico régimen de Fernando VII, que tanto nos afectó durante la España Boba.

Cabe la remembranza de esos regímenes políticos porque fueron condición propicia al desarrollo del género y de su vigencia en las dictaduras hispanoamericanas.

Aquí floreció el costumbrismo en las postrimerías del siglo pasado y en los comienzos de éste; nació como periodismo de combate contra la tiranía y contra ciertos vicios de la vida social entonces ajenos a los embelecados que suele suscitar el Poder.

Los Arístides fustigaron; García Mella riendo, con el seudónimo Elpidio; y García Gómez mediante la sátira incisiva con los seudónimos Stentor, Cantallano y otros.

En sus artículos costumbristas, publicados en los mejores rotativos de su época, combatieron en defensa del pundonor, del decoro de la verdad y de las artes y las ciencias, como veremos en *Tiempo Perdido* y en *De Todo un Poco*, todas las bajezas, los vicios, la lisonja política, la hipocresía, la locuacidad insulsa; la ridícula afectación de la campechanía burguesa, de poder y de sabiduría, en sumas manías, los abusos y los malos hábitos en que suelen caer los hombres cuando abandonan el sendero del bien y se entregan a los

placeres al amparo y favor del Poder.

Todo eso se ironiza y se encarna en *Tiempo Perdido*, en cuyas páginas hay decoro en el señalamiento de lo sórdido, verosimilitud de juicio, agudeza en la sátira, nada de obcenidades, nada de las impudicias de que blasonan y alardean algunos afamados novelistas contemporáneos, estetas de las excrecencias sociales que la civilidad y el decoro se cuidaron siempre de ocultar y que el Padre Barnola recriminó en Caracas desde la tribuna del VI Congreso de Academias de la Lengua en la solemne plenaria de clausura.

Por los fueros de la moral García Mella, prudente, denuncia lo inmoral sin manchar de inmundicias las páginas de *Tiempo Perdido*. Discurre en ellas la mente limpia de malas intenciones y de porquerías el pensamiento hasta para condenar, manejando oprobios, los escandalosos atentados al pudor y la afrenta de la infidelidad, como cuando enjuicia la obrita *Lava y Escarcha*, del malogrado literato Héctor Rafael de Marchena, en cuyo motivo, que García Mella expone: “una ingrata que burla la sinceridad del amante, un seductor dos veces culpables”... retoza la ironía: “un amante engañado ... como hay muchos”, “un hijo del fango ... y un arrepentimiento tardío, como casi todos los arrepentimientos”.

Pero antes de enjuiciar el costumbrismo de *Tiempo Perdido* y de *Todo un poco*, procede decir algo, aunque someramente, de las circunstancias peculiares que fueron propicias a su desenvolvimiento de este género literario y de su fijación en la historia de la cultura.

Se ha señalado que ya para el siglo XIII y XIV aparecen cuadros de costumbres de mucho colorido y realismo en *La Celestina* y en *El Lazarillo de Tormes*; pero singularmente en *Riconete y Cortadillo*, en que Miguel de Cervantes plasmó mejor que nadie hasta entonces prístinos cuadros de costumbres pero que no alcanzaron las cualidades especificativas del género que floreció en Madrid en el siglo XVIII influído fuertemente por los costumbristas franceses, entre ellos, de la talla de Honorato de Balzac, pero no con tanta fuerza, vigor realista y mejor humor con que los españoles influyeron, en razón de la raza, de la tradición y de las esencias de la lengua, en la vocación costumbrista de Arístides García Gómez y Arístides García Mella y quizá en otro Arístides, hijo de hogar dominicano, Arístides Rojas, a quien según nota de nuestro historiador Emilo Rodríguez Demorizi,

Picón Salas lo califica como creador del costumbrismo en la literatura Venezolana. \*

La filiación de nuestros auténticos costumbristas con los creadores de este género en España, no tiene reparo; y creo que la *vis cómica* del humorismo de Arístides García Mella y la sátira hiriente de Arístides García Gómez no se amenguarían conjugadas con la ironía sarcástica de *Fíguro* (Larra) de *El Curioso Impertinente* (Mesonero Romano), de *El Satírico* (Estébanez Calderón).

De ese costumbrismo, que vultivaron nuestros Arístides, dijo Mariano José de Larra: “fué desconocido de la antigüedad, el costumbrismo que ha sido considerado como producto de la moderna organización social, de los nuevos estilos de vida del siglo XVIII y del complejo de las relaciones políticas y privadas regidas por los tres móviles imperantes en las actividades humanas: los móviles sentimentales, los móviles utilitarios y los móviles imperativos de la libertad en todas las proyecciones de la vida.

Nuestros Arístides ejercieron el costumbrismo en la prensa con tal comunidad de pensamiento, sentimiento y nobles propósitos, que uno de ellos llamó al otro, visiblemente complacido *tocayo completísimo*. Pero sólo veo una actitud divergente entre ellos, muy censurada entonces y no menos lamentable: la hiriente ironía de García Gómez contra las “miserandas” que ungió De Hostos sacerdotisas del magisterio docente, su discurso cuando la investidura de las primeras normalistas y las furibundas diatribas contra la Normal y su fundador, que García Mella emuló siendo discípulo como los Delignes, Fabio Herrera, tronco de intelectuales distinguidos en el periodismo y en el cultivo de la historia de Leopoldo Navarro y otros no menos ilustres, del más alto representante de la enseñanza no laica, el Presbítero Francisco Xavier Billini, todavía no justamente reverenciado por el pueblo dominicano y casi olvidada su paradigmática filantropía en la cristiandad católica y romana.

El costumbrismo nació en el periodismo; no de la ironía bufonesca de la comedia, ni de trazos de costumbres de cuentos y novelas picarescas; del periodismo amordazado durante las dictaduras y satrapías: de la de allá, de la España de Fernando VII; de la aquí, la lisiana de fines del XIX y sus secuelas de los comienzos del XX, en que florecieron nuestros Arístides.

\* Prólogo de *El Montero* (Novela de costumbres de Pedro F. Bonó).

La Sátira contra la política fue el acento dominante en ambos costumbristas dominicanos. Lo ejercieron donosamente García Gómez, con su prosa de ornamento barroco cervantino, *Capítulos que se le olvidaron a Juan Montalvo*, y García Mella con su estilo llano a lo Larra y Mesonero Romano.

Basten algunos trazos de *Los Frangollos*, de los Plutarquitos y de los *Roedores Sociales* de García Gómez.

Contra los criticastros de teatro dice: “¿No han visto Uds. el rebolesco crítico, el frangollo literario que arman antes, en y después de las representaciones de todas las obras ...?”

¡“ ¡Qué decir cosas y qué sostener tesis, que pronuncian fallos que lo dejan a uno embobado y metido en sí mismo ... ! ¡Que George Ohnet no es más que un carga—yucas, decía la otra noche uno de mis frangollos, si lo comparas con Sardou ...! y ese inmortal que dijo así, y el cual no conoce ni puede juzgar a ninguno de los dos franceses ilustres quedó como triunfante, pero también como vacío parece que en aquel escopetazo echó fuera del infeliz, todo lo que tenía dentro”.

“Y no menos hiriente contra los plutarquitos, los mozos—dijo—que dieron en la flor de creer *nemine discrepante*, que ellos sólo sabían, que no valía ni servía nada que ellos no hicieran, pensasen, escribiesen o hablasen”.

Va de anécdota y viene como de perlas. No sé si por profilaxis o si para curarnos del *mal de los plutarquitos*, un nuestro maestro de lectura de páginas selectas nos endilgó a la sazón las siguientes estrofas de Don Ricardo León:

No es asunto de saber  
sino fingir que se sabe  
y adquirir fama de grave  
para medrar y ascender.

Cualquier necio bachiller  
que escribe el primer ensayo  
ya juzgar para su sayo  
con pujos de fierabrás  
que sabe y merece más  
que Menéndez y Pelayo.

¡Cuanta loca pretensión!

¡Cuantos mozos de esta pinta  
se yerguen sudando tinta  
de barata erudición!

Y agregó, para Uds. al que le sirva la chupa que se le ponga.

En *Roedores Sociales* dice García Gómez: “Este roedor se diferencia del ratón y demás símiles que los naturalistas han estudiado, clasificado y pintado, en que no pertenece a los animales *unguiculados con dientes caninos*, sino a la especie superior denominada hombre; pero en el roer es tan incansable y más dañino que aquéllos.

“El pobre ratón, por ejemplo, que no tiene la culpa de serlo y que de algo debe vivir, roe raíces y frutas, queso mal puestos ... pero el roedor bípedo ... roe las honras de las familias, las reputaciones de extraños y de parientes ... De manera que es muy difícil, si no imposible, librarse de los ataques de esta alimaña venenosa que habla y se viste como hombre, que va y viene por todas partes, que entra en todos los lugares, que sopla cuando le parece, que roa y muere cuando quiere, que se arrastra para subir, que se ensucia para lograr que mata, en fin, para vivir”.

Las estampas costumbristas de Arístides García Mella, no son menos reales, quizás de más colorido y de mucho más chispeante humorismo como veremos más adelante en los trabajos *Los cambios de Gobierno o los Gatos Ministeriales*, *Ladrones de Levita*, *Física Gubernativa*, *Ciencia Infusa* y *A tiro limpio* y otros trabajos recogidos en *Tiempo Perdido* el volumen de sus obras que ahora publica el Mecenaz de las bellas letras dominicanas, el académico doctor D. Joaquín Balaguer, Presidente de la República.

Bien merece el recuerdo el ilustre Maestro costumbrista hombre de ciencia, orador y de honor de esta edición. Arístides García Mella ennoblecó sus humoradas y sátiras dulzonas, enseñando la maldad a los que tenían atadas las manos de la virtud sueltas las del vicio, si se me permite el pensamiento del Andremio de Baltazar Gracián. (*El Criticón*).

Voy a entrar ahora en el pensamiento de *Tiempo Perdido* y debo advertir ante todo que este mi discurrir, ya cansón, tiende más a ensayo que a prólogo. Líbreme Dios de caer en esto y por

eso he puesto en cuanto he dicho y pondré en cuanto diré, mucho más afecto en el pro que en el *logos* sobre las dos personas de Aristides. García Mella: la que aparece con careta en las páginas de su libro, riéndose de sí mismo y de las flaquezas de otros, y la persona auténtica, la del Maestro, la de las graves responsabilidades de su vida.

Poco he de agregar a lo que él con careta y sin careta ha dicho de sí mismo, y esto, a riesgo de ganarme su indignación de ultratumba, al contrariar yo, con estas palabras que van de ensayo y sin pretensiones de panegírico ni semblanza, las “convicciones” del mensaje testamentario, que él dictó cuando *Sin Paraguas* traspuso el umbral de *Tiempo Perdido* para decirle al lector amigo: “Eso de salir de puerta en puerta, solicitando prólogo, a guisa de limosna, no es cosa que cuadra a mi temperamento ni muchísimo menos a mis convicciones.

“Si la sentencia del templo de Apolo hubiera tomado alguna vez visas siquiera de cumplimiento por estos trigales, y si una vez conocidos nosotros por nosotros mismos, nos diéramos a pensar que nadie nos puede conocer más y mejor, ¿a quién sino a nuestra propia persona podríamos encomendar que dijera lo que somos, y juzgara los sentimientos de nuestras almas, las concepciones de nuestro cerebro, de las tendencias de nuestro espíritu?”. Y agrega, “solicitar un prólogo, entiendo yo, es imponer un criterio ... es ni más ni menos que empeñar en nuestro favor la voluntad ajena; es obligar en nuestro obsequio la pluma que libremente pudiera decir hasta horrores de nuestra producción”.

Con el pensamiento rector de ese testamento, me atrevo, sin embargo a iluminar sólo algunos trazos o rasgos de su compleja personalidad como costumbrista, crítico de arte, hombre de ciencia, orador y maestro. Pero eso sí, limitándome a señalar lo que de *Tiempo Perdido* dijo, que no quiso que nadie dijera y de lo mojigato de cierta sabiduría, en artes y costumbres, de su época, implícito en aquel apotegma cardinal de sus festivos enjuiciamientos: “*No son las cosas tan así como aparecen ni tan así como se dicen*”.

He dicho trazos, para alejar la idea de que el vago boceto mío pueda estimarse como una silueta con rasgos expresivos de fotografía pues también me siento justamente temeroso de contravenir en algo otro de sus repudios, el que pronunció contra los retratos: “Yo, dice, no soy partidario de los retratos. Pienso con Mesonero Romano, que es triste cosa figurar hoy en efigie colgado de la pared

de una sala para pasar de allí al comedor, después a un aposento y andando el tiempo a una casa de empeño donde se compra por dos pesetas habida cuenta del valor del marco. Y en los periódicos la cuestión de los retratos es de más triste perspectiva: el retrato del más insigne escritor, del más prestigioso político, del orador más aplaudido, está condenado sin apelación a envolver mercaderías o a parar envolviendo tomates, al cesto de una puerca verdulera.

“Mi retrato, lector sufrido, no te dirá quien soy ... no te dirá, a fe mía, noticia de mi yo interno, como se dice ahora, esta muda cartulina.

“Mi retrato lector sufrido, no te dirá quien soy ... mal juzga quien se guía de las apariencias engañosas siempre. Podría decirte que no existo; en una palabra que no vivo en el mundo; porque vivir es existir, existir es pensar, es comprender y vivir en el mundo, entiendo yo, consistiría en comprender el mundo y yo maldito si comprendo nada, por mucho que piense en todo”.

Esos vagos trazos de su creyón que son imágenes de mi lente, son destellos de la faceta humorística que dió lumbré a su ironía jocosa, el rasgo más acentuado de su carácter que él hace resaltar poniendo más énfasis en la sátira contra su propia persona y del valor del libro que lo ha consagrado como el más insigne de nuestros costumbristas, como puede comprobarse en los párrafos siguientes: “Y cuenta lector amabilísimo que no te engaño ni en pintura; si te engañase, sería yo un hombre de talento, porque el tal por más que digan y discutan, no consiste sino en saber engañar al prójimo ... y así será por los siglos de los siglos. Dijérase que engañaos los unos a los otros fue la máxima del Maestro.

Mira mi retrato: junto con los cabellos ha huído la inteligencia y al par que queda la cabeza se me nubla el entendimiento”.

“Si alguno osara decir que soy periodista, dirasle tú por mí lector amigo, que el hombre que no tiene más que una opinión, una sola idea, un solo estilo no puede ser periodista en esta tierra; estaría condenado a decir siempre la misma cosa y el periódico no puede ser así; ha de llevar el sello de la veleidad por rendir culto a la lisonja que es lo que flota en derredor de los nuevos ministeriales ... “De forma que no soy ni valgo nada”.

En cuanto a lo que dice de *Tiempo Perdido*, su ironía es despiadada. Entre otras cosas dice: “Tampoco son exclusivamente

mías las ideas y frases que constituyen este pobre volumen: a veces he robado unas y otras a Fígaro o a Mesonero” ... Es cosa tan corriente el robo. Y además que me prendieran o no, no sería yo, en uno y otro caso, ni el primer ladrón encarcelado ni el primero que se pasearía libremente por las calles a despecho de la justicia.

Sí confieso que he matado tus esperanzas, porque el libro no vale lo que tú suponías, lector piísimo ... Y en cuanto a *matar*, más vale matar esperanzas que no gente: ¡Mucho se ha matado ya en nombre de la ley y la justicia.!”

Mueve a meditación lo que hay de trascendente en la siguiente ironía sobre su libro: “En lo que sí he tenido especial cuidado, ha sido en que no se contradigan las ideas que constituyen esta obrita, porque así pobre y todo, fuera mengua y escarnio envolver su pobreza en deshonra ... Tú dirás lector, es verdad, que pensar una cosa hoy y otra mañana, predicar un principio no por lo que ese principio signifique sino por el fin que predica de nuestro peculiar interés; tener ideas de todos los colores para que haya sentido completo agradable a la vista, conforme al gusto de quien los ha de comparar; cambiar hasta de nacionalidad a cada paso, según a nuestro provecho convenga que seamos rusos, chinos o cochinchinos, a pesar de que la patria ni se compra ni se vende, no es ya deshonra, ni mengua, ni desvergüenza como lo llamo yo inocentemente”.

Pero lo sarcástico, lo irónico, lo bufo de *Tiempo Perdido* nos revela al Arístides humanista, agudo censor de rufianes, frívolos, presuntuosos, dolosos del peculado y de la prevaricación, que él recrimina y fustiga, no sin estar percatado de los riesgos a que estaba expuesto en aquellos días patibularios el periodismo de combate y de su índole; peligros que él sugiere cuando dice en *Sin Original*: “Pensando en ello, y más que en ello, en lo comprometido que estoy conmigo mismo de fustigar algunos vicios sociales, pues he querido hacer de eso *mi cuerda*, como suele decirse, si bien comprendo que nunca pasará de ser *cuerda floja*, para mí”. Y tenía razón, porque nada de tanto riesgo de cárcel, deportación y asesinato entonces, como la posición de los periodistas de combate respecto de los poderosos agravios.

Sin plasmar en sus cuadros los rasgos individuales de nadie *Tiempo Perdido*, como dije, fue espejo de vicios y manías que denotaron personas y familias, pero con tal realismo que aún viven algunas en mi memoria promoviendo el recuerdo de su risa, siempre

discreta, como para no lastimar, pero suficientemente burlona para sugerir la auto-alusión y provocar el sonrojo. La sonrisa zumbona o la carcajada que resuena en la diatriba chispeante, artificiosamente jocunda de *Física Gubernativa*, zahiere las veleidades del liberalismo como divisa política.

Aquí nos da metafóricamente una imagen risible del mimetismo de esa ideología en los cambios de gobierno; la misma risa irónica que estalla en Ladrones de Levita, en *Ciencia Infusa*, contra los presuntuosos sabios de su época, la sarcástica de *A tiro limpio*, y de la preminencia que llegó a tener el *militareo* durante nuestras guerras civiles.

Veamos ahora lo bufo y sarcástico que trasciende en la atildada prosa de *Física Gubernativa*, para mí el prototipo mejor logrado del género costumbrista de nuestra literatura, de cuya ironía no salió el porfiado liberalismo de las incipientes democracias hispanoamericanas: “Un sabio ingeniero alemán, nos dice García Mella, ha inventado un aparato maravilloso, por medio del cual, así como no es difícil medir las distancias por medio de los llamados telémetros se puede también ir observando las diferentes transformaciones que puede ir sufriendo un liberal a medida que disminuye la distancia respecto al Gobierno. Y así ha podido descubrir el sabio ingeniero alemán que un liberal colocado a cuatro millas del Gobierno es liberal de rompe y rasga, intransigente, de credo político indestructible. Si se coloca a tres millas, se ve a través del aparato algo más que reflexivo; sí a dos, ya es transigente y aunque no sacrifica sus doctrinas, atribuye todo lo malo al medio en que vive; que si el liberal se coloca a una milla, se descubre a través del aparato que los movimientos de sus miembros dicen: ¡el que manda manda! ; y haciendo cero la distancia entre el liberal y el Gobierno, ya no hay diferencia porque para callar no hay mejor mordaza que una teta, digo, que un biberón”. Y agrega:

“¡Oh! maravilloso poder de las leyes físico—gubernativas que todo lo vuelven de revés para burla y asombro de los que devanan los sesos buscando en los libros los secretos de la naturaleza .

“Los astros se atraen en razón directa de las masas e inversa al cuadrado de la distancia”. No hay dudas de que el Gobierno es un astro que atrae sin ser atraído y altera además la naturaleza íntima de los cuerpos que atrae.

“No hay quien ignore que Newton dizque descubrió

la gravedad ... Más sea como fuere, el caso es que la ley de gravedad existe: el caso es que todos los cuerpos se precipitan en el espacio con dirección al centro de la tierra y que sólo empapándose bien en la física de los gobiernos, la cual como hemos dicho todo lo presenta al revés, puede uno convencerse de que hay cuerpos que caen para arriba . Y exclaman: ... Bienaventurados los frutos que obedeciendo a las leyes de la física gubernativa quedan pegados a las ramas o gotean hacia arriba”.

En *Ladrones de Levita*, tanto más que la ironía burlesca, más que el gracejo, nos mueve a risa sardónica, cierta amarga censura al pavoneo y fatuidad de los que en aquella época sustentaban sus frívolas ostentaciones con el ahora macuteo y el dolo que tanto afectó entonces a nuestra mejor sociedad selecta.

“Veamos a los *Ladrones de Levita*, yo los conozco con bastante fundamento. Como que fuí dependiente de una tienda por espacio de dos años. Por cierto que la primera vez que me presenté a mi principal diciéndole que yo era el mozo que le había sido recomendado para dependiente, me llevé un chasco mayúsculo; su primera pregunta me dejó estupefacto y con tres palmos de narices .

Lo primero con que se me vino encima fue ni más ni menos que con esto:

—Dígame joven, ¿tiene Ud. algunos conocimientos de frenología?

—Que qué?

—Hombre, que si tiene Ud. conocimientos de frenología.

—¿ De frenología? ... Ya, ya se lo que es frenología, pero no me pareció nunca que habría de necesitarla para nada y mucho menos para dependiente ...

—Pues caballero, contestó, casi puedo asegurar a Ud. que no me sirve para lo que yo quiero. Lo primero que debe conocer un dependiente es frenología, si señor, mucha frenología ... de lo contrario no se escapa Ud. de que algún enguantado señor le lleve los cuartos en un decir berengena y mucho más en vísperas de baile .

“Y a propósito de baile, me dijo mi principal, mientras Ud. esté en mi casa no me quite los ojos de los periódicos, y no bien haya Ud. encontrado un aviso poco más o menos por este estilo: mañana obsequiará el Club tal con un sarao a la señora Cual, crédito

cerrado para todo el mundo. Y a los jóvenes, por mientras no conozca Ud. frenología ni siquiera al contado. A todo conteste Ud. que no hay”.

“¿Hay aquí?, le pregunta a Ud. un jovencito con cara de San Damián, escarpines para baile?

—Pues no hay, será la respuesta.

—¿ Y guantes de cabritilla?

—Tampoco.

—¿ Y diagonal para casacas?

—Tampoco.

—¿ Y corbatitas de lazo blancas?

—Tampoco.

¡Pero aquí no hay nada para baile!

—Nada, absolutamente nada.

Y tenía razón mi principal vaya que la tenía ... y mi sastre conoce también a muchos de los miembros de esa sociedad que bien pudiera titularse: *La aristocracia del robo o el fraude con corbata blanca*”.

En *Los Cambios de Gobierno o gatos ministeriales* su diatriba y censura entra en el Capitolio y muerde a altos dignatarios y oficinistas de menor rango:

“Con lo que a mi ver, se puede comparar mejor un cambio de gobierno—dice—es con una familia en vísperas de mudanza. En esos días los papás, mientras preparan los líos (que vienen a ser algo así como los líos que también preparan los ministros y demás principales de la oficina para tocar *La Nina*) se ocupan en asear un poco la casa, quitando aquí esta telaraña, rellenando allá aquel hoyo que el descuido ha hecho en la pared, para que el dueño ni los futuros vividores tengan que decir ni un ápice de su vida ni de sus costumbres. Y así barren y tapan hoyos y quitan telarañas los funcionarios salientes, pero dejando siempre la huella de sus artificios porque ... la telaraña queda siempre pegada a la escoba y no hay remiendo de pared que no resalte a los ojos del observador con toda su magnitud, por muchas manos de cal con que se le pretenda cubrir.

“Pero lo más gracioso señores, es, ¿ a que no adivinan Uds.?

“Y sin embargo todo el mundo se ha fijado en ello ...

¿No se han fijado Uds. en lo temerario que son los gatos?

“ ¡Carátulas! ¡Parece mentira!

“Así como para quitarles cierta costumbre inmunda hay que retregarles en los hocicos su propia inmundicia, no hay manera de que abandonen la casa después que se muda la familia sino dándole una buena paliza; eche Ud. el gato por la puerta y verá como se mete por la ventana; cierre Ud. puertas y ventanas y verá como de rondón se cuele por el caño.

“Así los gatos de oficina, a los cuales no tenemos inconveniente en llamar gatos ministeriales, porque a la verdad, a los gatos se parecen no sólo en lo que dejamos anotado, sino también por aquello de roer el presupuesto”.

Hondas decepciones anublaban ya en *A tiro limpio* los destellos de su buen humor y cuando la fábula no le finge la existencia feliz en otro mundo mejor, sin careta ofrenda su corazón y su vida al culto a nobles empresas y supremos ideales.

Véase el dejo de amargura que hay en este cuadrito, “Parece ... que todo en este país es asunto de tiros y que *A tiro limpio*, por supuesto, puede lograrse todo, sin excluir la mitra ni el pasado ... Ya pueden suponer mis lectores cómo recibiría mi amargo pesimismo a un descarado mozalbete que vino a sacarme de mis reflexiones con el propósito de recibir de mí algunas clases de matemáticas, pues quería aprenderlas, según me dijo, en el improrrogable plazo de dos meses cumplidos y cabales .

— ¿Es decir, le interpuse yo, que desea Ud. ir en tren expreso a hacerle una visita a Pitágoras?

— Algo de eso, me respondió.

— Pues mire Ud. mejor que en tren expreso, y acaso en muchísimo menos tiempo y sin cansarse el meollo, hay otra forma de llegar al templo de Minerva. Ir por el camino derecho es cosa de algunos siglos. Supongo que Ud. desea saber algo para lograr una cátedra.

— Si, pues déjese de cabriolas intelectuales ¿Por qué ha de perder Ud. un tiempo tan precioso, nada menos que dos meses, entre librotos de senos y cosenos? Mire joven, hay otro medio más seguro: coja una carabina, límpiela y téngala lista para marcharse con ella a la primera revolución que ocurra, que en triunfando los suyos, ya le nombrarán a Ud. catedrático o a lo que a Ud. más le cuadre:

*todo puede conseguirse a tiro limpio.*

Esos son algunos de los rasgos de la personalidad de Arístides García Mella, el costumbrista perviviente en *Tiempo Perdido*, el mismo de la risa florida de la farándula de los años mozos y de las resignadas amargas otoñales ocultas detrás de la carátula de crítico y periodista jocundo, el de la careta bufa que arroja en *Baturrillo* diciendo un tanto compungido: “Muchos me creen feliz, porque llevo la risa en los labios. ¡Imbéciles! ¿No veis que el mundo es la gran comparse, la heterogénea mascarada del eterno carnaval humano? La risa es la gran careta humana ... A los que saben llevarla no los conoce nadie” ... Cuando falta la risa es porque cae al suelo el antifaz y entonces se destapa el corazón como se destapa una tumba: Inspiramos asco al mismo sepulturero que cavó la fosa al compás alegre de una danza ... El mundo está lleno de sepultureros ... Y aquí la escueta expresión incontenible de su ira oculta en su jovial manse-dumbre: A cada paso se tropieza Ud. con media docena de canallas”.

Cuando meditaba esta exclamación de Arístides, vino a mi recuerdo aquella frase lapidaria de Norman Maile, el celebrado autor norteamericano de *Una revolución de la conciencia contemporánea* ...: “hay una intensa corriente subterránea de cólera ante las actitudes sociales que transforman los valores humanos en valores de la chusma”.

Las amargas resignaciones lo llevaron, si no a apostar de su prístina afición al periodismo, (Redactor de *El Eco de la Opinión* 1896, de *El País*, 1905) a decir en *Por el borde de la luna*: “La gloria de Gutemberg no ha traspasado los límites de la tierra; no ha merecido los aplausos de la Luna.

¿Ni que falta hace Gutemberg a la felicidad que nos cobija, le dice su tío – hablándole desde nuestro satélite – cuando la voz del periodismo no podía resonar jamás en el país del silencio. Como se sabe que el Gobierno no puede escuchar ¿a qué cansarnos nosotros en hablar dado el caso de que pudiéramos hacerlo? . Por consiguiente, el periodismo no habla, el Gobierno no escucha; nadie convence a nadie. Y así es mejor, sobrino mío; por eso somos felices.

“ El periodismo vocifera libertad para encadenar después a los incautos que escuchan su voz, predica moralidad, y a veces cruje la prensa bajo la mano del ladrón, traza el camino de la industria y de la agricultura y no hay un periodista que empuñe un arado. Se parecen a esos postes que indican los caminos sin recorrerlos .

“Aquí no: en la Luna cada uno piensa lo que quiere y quiere lo que piensa; si alguien quiere convencer a alguien, tiene que convencerlo con obras y no con palabras ... y exclama en 1904 el solemne apóstrofe:” ¡Oh Fígaro inmortal! ¡Con cuanta razón escribió tu pluma de filósofo esta frase en la que hay más verdad que tú supiste! ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!”

Pero, ¿cuáles fueron los rasgos personales del Arístides García Mella sin careta?

¿Cuál el valor de su verbo como hombre de ciencia?

¿Cuál la trascendencia de su ética de formación laico—religiosa?

¿Cómo era su autentica humanidad respecto de sus entrañables afectos como discípulo primero y como maestro después?

¿Queréis las respuestas? Las tenéis, basta contemplarlas y ponderarlas mediante la justa estimación de su apostolado docente como Director de la Escuela Preparatoria Municipal (1896), como Director de la Academia Militar (1900), como catedrático de la Facultad de Matemáticas (1907), como Director durante diecinueve años de la Escuela Normal de Santo Domingo; como Intendente de Enseñanza Pública, y justipreciando su criterio estético con los elementos de juicio que utilizó en *Vade—Retro* y en la crítica literaria del *El Retrato de la Abuela*, cuento de Adam Reyes; en sus fecundas lucubraciones en la conferencia sobre *La Belleza de la Verdad Científica*, dictada en el Club de Damas, el 21 de enero de 1905; pero sobre todo, el caudal de su elocuencia en los discursos pronunciados con ocasión de la investidura de sus primeros maestros normales, en el acto de desvelizar la tarja conmemorativa de la fundación de la Escuela Normal y en la velada que celebró la meritísima sociedad El Paladión en homenaje a la memoria de Don Manuel Arturo Machado, su maestro.

Vale recoger algunos párrafos de esos discursos no sólo por su patética lealtad al racionalismo hostosiano, por el entrañable cariño que tributó a Don Manuel Arturo Machado, sino también por el caudal de imágenes metafóricas que florecieron emociones en el sublime delirio de la inspiración tribunicia.

“De la Normal puede decirse, exclamó transido de férvido entusiasmo, que es un ave que besó los cielos y volvió esa

tarde a contemplar la cuna de la rama que le sirvió de nido ... el que mira este edificio contempla la cuna de la organización intelectual de la República donde se formularon más sabiamente los grandes principios de la moral y de la cultura y donde surgió con más esplendor el concepto de los derechos individuales, que más que las espadas son las armas de los pueblos libres". "La Normal en mi sentir no la constituyen ni estos ni aquellos individuos ... es una entidad moral que bajo el impulso de las leyes evolutivas del pensamiento se ensancha, se engrandece cada día más esparciendo su bienhechora influencia por las entrañas de los pueblos" ... Y dirigiéndose a la multitud de estudiantes y maestros exclamó solemnemente. "El señor Hostos se recogió en la tumba ignorando que yo fuese uno de sus discípulos y allí duerme sin soñar que éste a quien no contó entre los suyos, haya podido mantener con entusiasmo y sin alarde, por más de una década el prestigio de su obra fecunda y meritísima" (Febrero 25 de 1925).

Pero la exaltación del cariño que profesa a Machado, raya casi en lo sublime, cuando en *El Eclipse de una Estrella* evoca mediante una serie de figuras de retórica de mucho efecto estético, cuanto le sugiere la visión cósmica del amor: "Del eros de la nebulosa, dice, que revienta poblando de flores los espacios, en las flores que sacrifican sus corolas para dar nacimiento a los sazonados frutos, en el enjambre de alegres mariposas que celebran la muerte de las larvas, en el tronco de los árboles añosos que derribó el huracán enviando su fertilidad a la campiña, en la caricia de un arroyo, en el curso sereno de los ríos, y hasta en el invisible átomo de la materia que perece y renace sin cesar, ya en un rayo de sol o en la claridad de una estrella, o en el jirón de una nube o en la chispa que se escapa de la llama de un volcán" ... "Todo nos dice que la vida es un tributo de amor que rendimos a la vida. La de Machado que hizo de su verbo "ariete para combatir la tiranía".— De Machado", que iluminó con la luz de su saber la inteligencia de su Patria"; De Machado "que tuvo siempre en sus labios una palabra de amor.

"Y es que la vida es un tributo de amor que rendimos a la vida".

Este es el Arístides, el austero, el Arístides sin careta, el Maestro de maestros, discípulo del Padre Billini, émulo de Hostos.